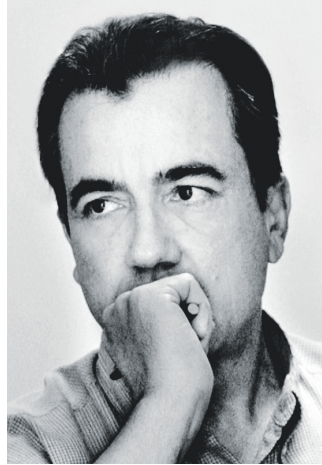




Concepto artístico de la Cafetería Central
Arquitectos: Isadore y Zacharie Rosenfield



Arquitecto Luis V. Badillo

Los simpáticos fantasmas DEL CENTRO

Por Arq. Luis V. Badillo, AIA, CAAPPR / LUISVBADILLO@CS.COM

Nuestro Centro Médico es algo así como la tía querendona, esa que nos resolvía cuando todos los otros nos fallaban, a la que íbamos como último recurso, pero que siempre nos recibía en bata de dormir, con los rolos puestos, sin el menor rastro de la coquetería que alguna vez tuvo.

Aun siendo una de nuestras grandes gestas como pueblo, hacia El Centro no profesamos el mismo afecto que demostramos hacia otros de nuestros emblemáticos recintos como lo son los de la UPR en Río Piedras o en Mayagüez. A diferencia de éstos, al Centro Médico le hemos relevado del “papel” simbólico que una vez tuvo. Hemos aprendido a aceptarlo como una tosca, descuidada, pero formidable máquina, que brinda servicios de salud extremos y que sabrá respondernos cuando otros fracasen.

Inaugurado a mediados de la década de 1960 el Centro Médico ha perdido la claridad de su esquema original. En la actualidad el “Eje” principal, aquel que alineaba una de sus entradas con la Cafetería y la otra con la gran Plazoleta Central, sin bloquear las vistas al “espacio extendido” ha desaparecido. Una imperdonable violación al Plan Maestro, que dificulta entender El Centro, como se lograba en un principio. El mismo se ha convertido en un murmullo arquitectónico ensordecedor, compuesto por edificios de similar magnitud, todos luchando por captar la atención, sin un elemento central “jerárquico” que los organice. Sin embargo, a pesar de lo difícil que puede resultar apreciar el interesante Recinto, invito a mirarlo con otros ojos y a revalorizarlo como legado arquitectónico moderno.

EL DÍA MÁS LARGO

Eran las 6:00 p.m. de un melancólico sábado de marzo. Pilarín (mi esposa), mi madre y yo habíamos decidido refugiarnos en la playa, no

queríamos pensar más en hospitales ni tristezas, necesitábamos escondernos de los pésames, alejarnos de aquellos últimos momentos junto a mi padre, de los que tan sólo nos distanciaban diez difíciles días. Disimulando nuestra pena, habíamos depositado el equipaje en los dormitorios, encendido la barbacoa y abierto nuestra mejor botella de vino. Nos disponíamos a sentarnos en la misma terraza que tantas veces habíamos compartido con mi padre, cuando suena mi celular con José al otro lado de la Isla, quien a velocidad digital me comparte vía telefónica la inesperada y difícil noticia. “Luis” me dice, “estoy en el Presbiteriano con tu hermana y tenemos que trasladarla de emergencia al Centro Médico”. Esa fue la estadía más corta de las que recuerdo haber tenido en “la villa” apenas una hora en ella, cuando ya estábamos regresándonos a San Juan. Fue un tenso y silencioso retorno, interrumpido esporádicamente, por las llamadas que nos ponían al tanto de las últimas evoluciones.

Pasadas casi tres horas conduciendo por un oscuro expreso, arribamos al Centro Médico. Silenciosamente discurrimos por el lado del Cardiovascular y continuamos por aquella calle bordeada de carros hasta localizar la Sala de Emergencia. Luego de acercar a Pilarín y a mi madre hasta la entrada, estacioné el carro en un distante espacio y empecé mi solitaria caminata. Mi apurada travesía, fluyó entre silenciosas plegarias, interrumpidas por tropezones en aceras rotas que apenas veía, so-

bresaltos por inesperados encuentros con personas que aparecían en la oscuridad y vapores blancos, cálidos y húmedos, que salían de edificios y rejillas como recordando la incesante actividad de aquel gigantesco complejo.

Ya en la Sala de Emergencia, deslumbrantemente iluminada, con estridentes televisores sintonizados en programas extranjeros que no reconocía, encontré a mi gente, agrupados en una esquina, conversando “malas nuevas” las cuales prontamente me compartieron. Llegada las 11:00 p.m., José y yo decidimos quedarnos de guardia y persuadimos a los demás para irse a descansar. Sortearíamos la larga noche, alternándonos en el acceso hasta mi hermana, así, mientras uno acompañaba a la entrañable paciente, el otro esperaba, casi congelado, intentando ignorar al impertinente televisor. Los minutos se hicieron largos y las horas interminables, tuvimos tiempo para hablar y para leer, vimos gente llegar y los vimos partir y aquella noche parecía que nunca habría de concluir.

Con algunas horas por delante hasta el relevo del día siguiente, decidí olvidarme de cualquier intento inútil de dormir en aquella incómoda silla y escogí aventurarme a recorrer el inmenso Centro. Comencé a caminar y según me alejaba de la Sala de Emergencia, las luces disminuían, los ruidos se atenuaban y todo se envolvía en una inesperada calma. De primera intención, me concentré en lo inmediato, en aquellos pisos desgastados por el uso, en aquellas paredes golpeadas por el abuso y en aquellos plafones habitados por mariposas revoloteando instintivamente alrededor de luces. Un “experimentado” pasillo me condujo a mi primera sorpresa, la Cafetería Central, posada en un patio interior, con un techo de “cáscaras” de hormigón, sus bóvedas rebajadas agrupadas en círculo, activaron mis referencias arquitectónicas. Me provocó pensar en una mezcla entre Eduardo Torroja y su Hipódromo de Madrid con Félix Candela y su restaurante en Xochimilco. Sonreí como el que se sorprende pensando tonterías, pero lo cierto es que esa noble estructura, logró que en el resto de la madrugada, mirase más allá de lo inmediato. Descubrí en aquel descuidado Recinto, interesantes edificios “cuarentones” con referencias a los grandes maestros de la Arquitectura Moderna, los que habrían de presentarse durante el resto de la noche, como simpáticos “espectros” del pasado.

Le Corbusier me estaba esperando junto al edificio de “Ciencias Médicas” me parecía estar contemplando alguna de sus “Unité d’Habitation” (Edificios residenciales diseñados por este gran maestro del Modernismo Francés siendo el primero de ellos el de Marsella.) También adiviné la referencia a los “Brisas Soler” del Ministerio de Educación y Salud en Río de Janeiro (1936). La noche dio para encontrarme un poco más esquivo, con Walter Gropius (maestro del Modernismo Alemán) en las referencias al Bauhaus del antiguo edificio de Ciencias Biomédicas.

Sobre el Centro de Rehabilitación Vocacional, creo haber distinguido al fantasma de Eero Saarinen (maestro finlandés conocido por obras como el terminal de TWA en el aeropuerto JFK de Nueva York 1956-62 y Dulles



Edificio de Ciencias Biomédicas
Arquitecto: Joaquín Rodríguez Benítez
Arquitecto asistente: Simón Fracineti

en Washington DC 1963). Ya al concluir mi largo recorrido, de regreso en la Plazoleta Central quizás era Edward Durrell Stone, quien merodeaba sobre el Edificio Central, el que puede haber recogido algo de la Embajada en Nueva Delhi (1959).

La noche terminó y cuatro días más tarde mi hermana fue dada de alta, gracias a la excelente facultad salubrista de nuestro Centro Médico. Si los simpáticos fantasmas de esos Maestros del Modernismo están o no en efecto merodeando el Recinto (algunos más esquivos que otros) es algo abierto a discusión, pero lo cierto es que en lo personal, convirtieron una difícil amanecida en una fascinante velada.

Esta experiencia, aumentó mi estima por el Centro Médico. Ahora, siempre que me cae al paso, lo visito y lo contemplo desde sus calles. Al observar este impresionante conjunto, pienso en todos aquellos colegas que han participado en la formulación del mismo, especialmente en aquel limitado grupo de arquitectos “modernistas” que dio forma a las primeras etapas del Centro, entre los que debemos destacar a: Joaquín Rodríguez Benítez, Simón Fracineti, Luis Aponte y particularmente a la Firma de Isadore y Zachary Rosenfield y a mi profesor y director de tesis, el arquitecto Efraín Pérez-Chanis, quienes en búsqueda de un lenguaje propio, y tras filtrar en forma educada las lecciones del “Modernismo” nos legaron una “guirnalda” de interesantes edificios que ameritan ser “revisitados”.

El autor es arquitecto/socio de Méndez, Bruner, Badillo & Associates y Consultor de La Escuela de Arquitectura, PUCPR.

Para información, acceda www.mbbarchitects.com.



Edificio Central
Arquitectos: Isadore y Zacharie Rosenfield



Ciencias Médicas
Arquitectos: Isadore y Zacharie Rosenfield
Efraín Pérez-Chanis



Rehabilitación Vocacional
Arquitecto: Joaquín Rodríguez Benítez
Arquitecto asistente: Simón Fracineti